

I

«Ciertamente, no tengo por qué quejarme —me decía aquel cuyas confidencias referiré en el relato, muy sencillo y poco novelesco, que podrá leerse seguidamente— pues, a Dios gracias, ya no soy nada, suponiendo que haya sido algo alguna vez, y les deseo a muchos ambiciosos que acaben como yo. He hallado la certidumbre y el reposo, que valen más que todas las hipótesis. Me he reconciliado conmigo mismo, lo que constituye la mayor victoria que uno puede obtener sobre lo imposible. En fin, de inútil para todos paso a ser útil para unos pocos, y he sacado de mi vida, que no pudo dar lo que otros esperaban de ella, el único acto, quizás, que nadie imaginaba: un acto de modestia, de prudencia y de cordura. No puedo quejarme, por tanto. Mi vida se halla realizada y bien realizada según mis deseos y mis méritos. Es rústica, lo que no le sienta mal. La he desmochado, como se hace con los árboles de esmirriado desarrollo: tiene menos porte, menos gracia y menos relieve; es más difícil verla desde lejos, pero por ello mismo echará más raíces y dará más sombra a su alrededor. Hay ahora tres personas a quienes me debo y que me atan con deberes precisos, con responsabilidades no excesivamente pesadas, con lazos carentes de errores y arrepentimientos.

La tarea es sencilla y me bastaré para cumplirla. Y si es verdad que el objetivo de toda existencia humana consiste menos en divulgarse que en transmitirse, si la dicha reside en un equilibrio entre deseos y fuerzas, camino tan recto como me es posible por las sendas de la sabiduría y podrá usted atestiguar que vio a un hombre dichoso».

Pese a no ser un hombre cualquiera como él pretendía, y a que, antes de recluirse en su provincia, hubiera salido de ella debido a un principio de celebridad, le gustaba confundirse con la multitud de los desconocidos, a quienes llamaba «cantidades negativas». A los que le hablaban de su juventud y le recordaban los destellos bastante intensos que en otro tiempo lanzó, él respondía que aquello fue, sin duda, una ilusión que se hicieron los demás y él mismo, también, que no era nadie en realidad, y que la prueba estaba en que hoy se parecía a todo el mundo, resultado equitativo del que se congratulaba, como si fuera una restitución legítima hecha a la opinión. Repetía que a muy pocas personas les es dado proclamarse una excepción, que el papel de privilegiado es el más ridículo, el menos disculpable y el más vano que puede darse, cuando no está justificado por unos dones superiores; que el anhelo audaz por distinguirse del común de los mortales suele ser un ardid para engañar a la sociedad, y un insulto imperdonable a todas las personas modestas que nada son; que atribuirse un brillo al que no se tiene derecho es algo así como usurpar títulos ajenos y arriesgarse a ser cogido, tarde o temprano, en flagrante delito de pillaje en el tesoro público de la fama.

Tal vez se rebajase de este modo para dar una explicación de su retiro y eliminar el menor pretexto para que se reavivase su arrepentimiento o el de sus amigos. ¿Era sincero? A menudo me lo pregunté, y en ocasiones dudé de que un espíritu tan prendado de perfección como el suyo estuviera tan por completo resignado a su derrota. ¡Pero hay tantos matices dentro de la sinceridad más leal! ¡Existen tantas maneras de decir la verdad sin decirla por completo! El desprendimiento más absoluto de las cosas, ¿no admite acaso que se eche una ojeada desde lejos a estas mismas cosas que se repudian? ¿Y hay algún corazón tan seguro de sí como para responder que jamás podrá infiltrarse el arrepentimiento entre la resignación, que depende de nosotros, y el olvido, que solo puede llegar con el transcurrir del tiempo?

Sea lo que fuere, en aquel enjuiciamiento de un pasado que no concordaba muy bien con su vida presente —al menos en la época de que hablo— había llegado a ese grado de dimisión de sí mismo y de oscuridad que parecían darle por completo la razón. De ahí que yo no haga más que tomarle la palabra al tratarlo casi como a un desconocido. Se había convertido, según palabras suyas, en alguien tan poco importante, y tantos otros podrían reconocerse más o menos en estas páginas, que no veo la menor indiscreción en publicar, en vida suya, el retrato de un hombre cuya fisonomía se presta a tantos parecidos. Si algo hay que lo distingue un poco del gran número de aquellos que, de buen grado, encontrarían en él su propia imagen, es el hecho de que —por una excepción que, me parece, no dará envidia a nadie— había tenido el valor bastante

poco corriente de analizarse a menudo, y la severidad —menos frecuente aún— de juzgarse mediocre. En fin, existe tan poco aunque exista que casi resulta indiferente hablar de él en presente o en pasado.

La primera vez que me tropecé con él fue en otoño. Quiso la casualidad que lo conociera precisamente en la época del año que él prefiere, de la que más a menudo habla, acaso porque resume bastante bien lo que es una experiencia moderada, que se realiza o se acaba dentro de un marco natural de serenidad, de silencio y de añoranzas. «Yo soy un ejemplo —me ha dicho repetidas veces desde entonces— de ciertas desafortunadas afinidades que uno no llega nunca a conjurar del todo. He hecho lo imposible por no convertirme en un ser melancólico, pues nada hay más ridículo a cualquier edad y sobre todo a la mía; pero hay en el espíritu de algunos hombres una especial bruma elegíaca, siempre dispuesta a derramarse en forma de lluvia sobre sus ideas. ¡Peor para los que nacieron entre las nieblas de octubre!», añadía burlándose de su pretenciosa metáfora y, al mismo tiempo, de aquella incapacidad de su naturaleza que le hacía sentirse, en el fondo, muy humillado.

Iba yo de caza aquel día por los alrededores del pueblo en donde habita. Acababa de llegar el día anterior y no conocía a nadie, salvo a mi anfitrión: el doctor ..., establecido en la comarca desde hacía solo unos años. En el momento en que salíamos del pueblo apareció un cazador, al mismo tiempo que nosotros, sobre una colina cubierta de vides que limita el horizonte de Villeneuve hacia levante. Caminaba lentamente, y más bien a modo de un hombre que pasea,

escoltado por dos perrazos de caza: un podenco de pelaje rojizo y un perro perdiguero negro; ambos batían las viñas a su alrededor. De ordinario eran estos los dos únicos compañeros —más tarde me enteré— que solía admitir durante aquellas expediciones casi diarias, y la caza no era sino un pretexto para dedicarse a una afición más importante: la de vivir al aire libre y, sobre todo, al placer de vivir solo.

«Mire, por ahí va monsieur Dominique, que sale de caza...», me dijo el doctor, reconociendo desde muy lejos el habitual acompañamiento de su vecino. Un poco más tarde le oímos tirar, y el médico me dijo: «Monsieur Dominique ha empezado a disparar». El cazador batía poco más o menos el mismo terreno que nosotros y describía en torno a Villeneuve la misma evolución, determinada, por lo demás, por la dirección del viento, que venía del este, y por los lugares relativamente fijos en donde solía posarse la caza. No lo perdimos de vista en todo el día, y aunque separados por varios cientos de metros, podíamos seguir su itinerario igual que él hubiera podido seguir el nuestro.

El terreno era llano, el aire estaba en calma y los ruidos, en aquella estación del año, se difundían tanto que incluso, cuando ya lo habíamos perdido de vista, seguíamos oyendo con nitidez cada una de las explosiones de su escopeta y hasta el sonido de su voz cuando, de tarde en tarde, corregía a sus perros, que se apartaban, o los llamaba a su lado. Pero bien fuera por discreción, o bien porque le gustaba ir de caza solo —como me hicieron presumir unas palabras del doctor—, aquel a quien el médico llamaba monsieur Dominique no se nos acercó hasta bien entrada la

tarde, y la común amistad que después se trabó entre nosotros tuvo por origen, aquel día, una circunstancia de las más vulgares. Una perdiz salió del puesto correspondiente a mi perro justo en el momento en que nos encontrábamos poco más o menos a medio alcance de la escopeta uno del otro. Él ocupaba la parte izquierda y la perdiz pareció dirigirse hacia donde estaba.

—Suya es, señor —le grité.

Comprendí, por el imperceptible intervalo de tiempo transcurrido antes de que él encarase la escopeta, que primero examinaba detenidamente si el doctor o yo no estábamos lo bastante cerca como para disparar; luego, al darse cuenta de que el tiro se perdería para todos de no decidirse él, apuntó con presteza y disparó. El ave, fulminada en pleno vuelo, pareció precipitarse más que caer, y rebotó con el ruido de un animal pesado sobre el terreno endurecido del viñedo.

Era un gallo de perdiz común magnífico, subido de color, con el pico y las patas duras y rojas como el coral, con unos espolones como los de un gallo y una pechuga casi tan ancha como la de un pollo bien alimentado.

—Señor —me dijo monsieur Dominique, acercándose a mí—, le ruego que me disculpe por haber disparado en un terreno acotado por su perro, pero me vi forzado a ello, me temo, para que no se perdiese esta hermosísima pieza, bastante poco corriente en la comarca. A usted le pertenece por derecho. No me permitiría yo ofrecérsela sino, más bien, digamos que se la devuelvo.

Añadió unas cuantas palabras amables para decidirme a cogerla, cosa que acabé haciendo, y acepté

el obsequio de monsieur Dominique como una deuda de cortesía a la que algún día debería yo corresponder.

Era un hombre de apariencia todavía joven aunque hubiera pasado ya de los cuarenta, bastante alto, de tez morena, un poco descuidado en su porte y cuya fisonomía apacible, habla grave y aspecto reservado no carecían de cierta seria elegancia. Llevaba el blusón y las polainas de un cazador campesino. Tan solo su fusil indicaba su acomodada posición, y sus dos perros llevaban al cuello un ancho collar guarnecido de plata en donde se veían grabadas unas iniciales. Estrechó cortésmente la mano del doctor y nos dejó casi en seguida para ir, según dijo, a reunirse con sus vendimiadores, que aquella misma tarde terminarían de recoger la uva.

Corrían los primeros días de octubre. La vendimia acabaría muy pronto; ya no quedaban en el campo, en parte devuelto a su silencio, más que dos o tres grupos de vendimiadores, lo que en la comarca llaman «brigadas»; y un gran mástil coronado por una bandera en señal de fiesta, plantado en la misma viña donde se recogían las últimas uvas, y que anunciaba, en efecto, que la brigada de monsieur Dominique se preparaba alegremente a «comerse la oca»; es decir, a celebrar el banquete de clausura y de despedida en el que, para festejar el haber terminado el trabajo, era tradicional comer —entre otros platos extraordinarios— una oca asada al horno.

Empezaba a caer la tarde. No le quedaban al sol más que unos minutos de trayecto para alcanzar la orilla cortante del horizonte. Iluminaba ampliamente, trazando en él rayas de sombra y de luz, un terreno

llano, tristemente cortado por viñedos, barbechos y pantanos, con pocos árboles, apenas ondulado y que se abría, de trecho en trecho, por algunos puntos, sobre el mar lejano. Uno o dos pueblos blanquecinos, con sus iglesias provistas de plataformas y sus campanarios sajones, se hallaban situados sobre uno de los abultamientos del llano, y solo unas cuantas granjas pequeñas, aisladas, acompañadas de desmedrados grupos de árboles y enormes almiarés de forraje, animaban aquel monótono y vasto paisaje, cuya indigencia pintoresca hubiera sido completa de no poseer la belleza singular que le venía del clima, de la hora y de la estación del año en que nos encontrábamos. Únicamente enfrente de Villeneuve y en un repliegue de la llanura había algunos árboles, en mayor número que en otra parte y formando como un pequeñísimo parque en torno a una vivienda con cierto empaque. Era un hotelito al modo flamenco, alto, estrecho, con escasas ventanas irregulares, flanqueado por torrecillas con aguilonés de pizarra. Por las cercanías se habían ido agrupando algunas construcciones más recientes, granjas y edificios de explotación, todo ello muy modesto, por lo demás. Una neblina azul, que se elevaba a través de los árboles, indicaba que en aquella hondonada había, excepcionalmente, algo así como una corriente de agua; una larga avenida pantanosa, suerte de prado mojado bordeado de sauces, conducía directamente de la casa al mar.

—Lo que ve usted allí —me dijo el doctor, señalándome aquel islote de verdor, aislado en medio de la desnudez de los viñedos— es la mansión de Les Trembles, la casa de monsieur Dominique.

Entre tanto, este iba a reunirse con sus vendimiadores y se alejaba tranquilamente, con la escopeta descargada, seguido esta vez por sus cansados perros; pero apenas hubo dado unos pasos por el sendero socavado de roderas que llevaba a las viñas cuando fuimos testigos de un encuentro que me encantó.

Dos niños, cuyas risueñas voces alcanzábamos a oír, y una mujer joven de la que solo distinguíamos el vestido de tela ligera y el chal rojo, salían al encuentro del cazador. Los niños le hacían alegres señas y se precipitaban hacia él con toda la velocidad que les permitían sus pequeñas piernas; la madre acudía más lentamente, agitando con la mano una de las puntas de su chal color púrpura. Vimos cómo monsieur Dominique cogía alternativamente a uno y a otro hijo en brazos. Aquel grupo animado de colores brillantes permaneció un minuto parado en el sendero verde, de pie en medio del campo tranquilo, iluminado por las luces vespertinas y como envuelto en toda la placidez del día que se acababa. Después, la familia al completo se adentró por el camino que lleva a Les Trembles y el último rayo de sol poniente acompañó a la feliz pareja hacia su casa.

El doctor me informó entonces de que monsieur Dominique de Bray —le llamaban monsieur Dominique a secas, en virtud de una costumbre amistosa y familiar adoptada por las gentes de la región— era un gentilhombre del lugar, alcalde del municipio, y que debía este cargo de confianza menos todavía a su influencia personal —ya que no lo ejercía sino desde hacía pocos años— que a la antigua estima que rodeaba su nombre; que solía socorrer a los infortunados y que era

muy querido y bien visto por todos, aunque no tuviese más parecido con sus administrados que el blusón, cuando se lo ponía.

—Es un hombre amable —añadió el doctor—, tan solo algo huraño; excelente, sencillo y discreto; pródigo en favores, que no en palabras. Lo único que puedo decirle de él es que conozco a tantas personas que le están agradecidas como habitantes tiene este municipio.

La noche que siguió a este día campestre fue tan hermosa y tan límpida que uno hubiera podido creerse en verano. La recuerdo, sobre todo, a causa de una determinada concordancia de impresiones que fija a un mismo tiempo los recuerdos, incluso los menos chocantes, en todos los puntos sensibles de la memoria. Había luna, un claro de luna deslumbrante, y el ancho camino gredoso de Villeneuve, con sus casas blancas, se hallaba iluminado como si fuese mediodía, con un brillo más suave pero con la misma precisión. La calle ancha y recta que atraviesa el pueblo se encontraba desierta. Apenas se oía, al pasar por delante de las puertas, a la gente que cenaba en familia tras sus contraventanas cerradas. De tanto en tanto, en todas partes donde aún no dormían sus habitantes, un estrecho rayo de luz se escapaba por las cerraduras o por las gateras, y brotaba como un trazo rojo a través de la fría blancura de la noche. Tan solo los lagares permanecían abiertos para darle aire al suelo de los tornos, y de una punta a otra del pueblo el aroma húmedo de las uvas pisadas y la cálida exhalación de los vinos que fermentan se mezclaban con el olor de los gallineros y establos. En el campo ya no se oían ruidos, excepto la

voz de los gallos que despertaban de su primer sueño y cantaban para anunciar que la noche sería húmeda. El viento del este traía consigo a los tordos, aves de paso que emigraban de norte a sur, cortando el aire por encima del pueblo y llamándose unos a otros constantemente, como viajeros de la noche. Entre las ocho y las nueve, una especie de alegre rumor estalló al fondo de la llanura, haciendo ladrar súbitamente a todos los perros que había en las granjas de los alrededores: era la música agria y cadenciosa de las gaitas, tocando un aire de contradanza.

—Están bailando en casa de monsieur Dominique —me dijo el doctor—. Buena ocasión para hacerle una visita esta noche, si usted quiere, puesto que debe darle las gracias. Cuando se baila al son del *biniou*¹ en casa de un propietario donde acaba de hacerse la vendimia, sepa usted que casi es una fiesta pública.

Tomamos el camino que va a Les Trembles y nos adentramos a través de las viñas, levemente emocionados por el influjo de aquella noche magnífica. El doctor, que la asumía a su manera, se puso a contemplar las escasas estrellas que el vivo resplandor de la luna no había eclipsado y se perdió en sueños astronómicos, únicos ensueños que un espíritu como el suyo creía poder permitirse.

Estaban bailando ante la verja de la granja, en una explanada en forma de era y entre la hierba, mojada por el relente como si hubiese llovido. Tan bien iluminaba la luna aquel baile improvisado que se podía prescindir de cualquier otra luz. Los que bailaban

¹ Especie de gaita. (*Todas las notas son de la traductora*).